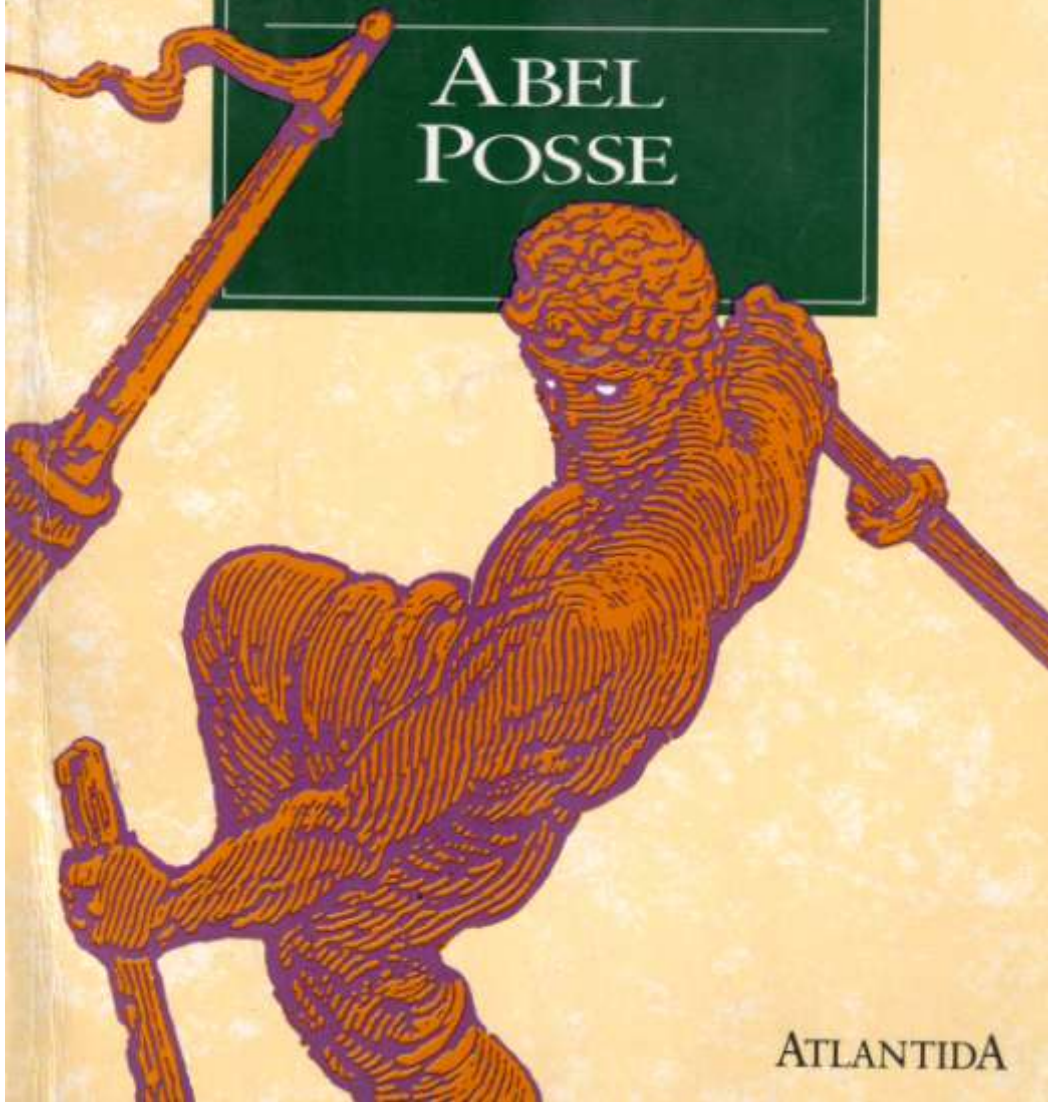


VOCES DEL PLATA

# LOS BOGAVANTES

ABEL  
POSSE



ATLANTIDA

*A Wiebke Sabine Langenbeim  
y a Ernesto Parentini,  
los amigos confidentes  
que todo escritor ansía.*

Esta novela en su versión original conoció las siguientes ediciones: Brújula, Argos, Vergara, Planeta.

Edición revisada y corregida por el autor.

Título original: LOS BOGAVANTES  
Copyright © Abel Posse  
Copyright © 1992 Editorial Atlántida S.A.  
Derechos reservados. Edición publicada por  
EDITORIAL ATLANTIDA S.A. Azopardo 579, Buenos Aires,  
Argentina. Hecho el depósito que marca la ley 11.723.  
Printed in Argentina. Esta edición se terminó de imprimir  
el 20 de octubre de 1992 en los talleres gráficos de  
Indigraf S. A, Buenos Aires, Argentina.

I.S.B.N. 950 - 08 1086 - 7

# I

---

15 de diciembre

El vacío. Una pérdida total de entusiasmo. Ni rastros de ningún empuje vital (ni siquiera fuerzas para disimular. La situación se hace insostenible en la Embajada: ausencias casi cotidianas).

Horas y horas en la cama, a veces en la más absoluta inmovilidad. Durante la semana pasada una estúpida, demencial dependencia de los diarios, hasta llegar a contar los minutos de retraso de la portera trayéndome *Le Monde*. Una vez que me lo entregaba volvía a la cama y lo leía. Pero no normalmente sino con una avidez enfermiza; no solamente los artículos que podrían interesarme sino también cosas que nunca hubiera leído: noticias de fallecimientos o ascensos de funcionarios, la nueva reglamentación de tránsito para el departamento de Indre et Loire, avisos de publicidad, lista de condecorados de la Légion d'Honneur, noticias de provincias, y hasta la página deportiva.

Horas y horas evadiendo (¿qué?). Al atardecer, terminadas las horas de clase, la visita de Françoise.

Los pensamientos transcurren como un espectáculo ajeno. Por momentos me observo desapasionadamente como actor, sin espíritu crítico, sin compromiso alguno. Aparecen gentes y ciudades distintas. Me veo entre ellos, a veces con nitidez. Desciendo por la calle Arbat, en Moscú, en una mañana de nieve. Veo a Vera. Hablo con ella. O estoy en la vía Marguta, en una noche de verano, subiendo al coche para ir a comer al

quines se había vencido la batalla contra la policía de París, pero se había perdido la guerra contra Charles De Gaulle y el ejército del general Massuh.) Entré en los bares por donde habían merodeado mis personajes y me di cuenta de que sin habérmelo propuesto, el libro se había transformado en una desapareja e involuntaria crónica. Que pronto no sería más que nostalgia, aunque le diesen el Premio Planeta. Cosa que no ocurrió pese a los esfuerzos del editor José Manuel de Lara y del gran escritor Baltasar Porcel, miembro del jurado. El Gran Censor de Madrid dijo que era violento, iconoclasta y sensual (especialmente esto).

Iniciar la vida literaria con una prohibición puede ser tan útil como empezarla con un premio. La exclusión me permitió conocer a dos personajes centrales de aquella Barcelona serena y persistentemente subversiva: la inefable Carmen Balcells y Carlos Barral. Barral vestía de negro, con blusón con cuello de polera, usaba gorra de capitán independiente, capa medieval y caña de malaca con empuñadura de marfil. Editor de los que ya no existen, supo crear un espacio de libertad literaria, un islote en medio de la España franquista. Era capaz de quedarse hasta el amanecer leyendo un original. Era poeta, por sobre todas las cosas y por lo tanto a todo le infundía *pathos*, grandeza, proyección. Me quedé en Mallorca esperando su juicio. Por fin me llamó y me dijo que le parecía un libro con fuerza pero absolutamente impublicable en España. Lo publicaría en su filial de México, Joaquín Mortiz. Nos recomendó al mismo tiempo a Manuel Puig y a mí. Con los años Barral sería el editor de mis libros más conocidos: DAIMON y LOS PERROS DEL PARAÍSO.

Por causa de planes de edición y por lógico localismo apareció en Buenos Aires, por gestiones de mi padre y de Ernesto Sábato ante el inolvidable López Llausás. Eduardo Stilman, con su sello Brújula, se hizo cargo de la edición. Cinco años después, cuando Franco estaba ya en su horrorosa agonía, Planeta recompró los derechos y reeditó el libro. Se distribuyó durante su largo morir, pero el intento fracasó: se ordenó secuestrar la edición de todas las librerías. Hubo que cortar

cuatro páginas, reimprimirlas y colocarlas libro por libro... Según el editor Lara esa operación transformó a mi libro en el más caro de su colección. Por fin, unos años después apareció en Argós Vergara, de Barcelona, cuya colección literaria ya dirigía Barral. Ahora reaparece en Buenos Aires, yendo de una orilla a la otra del Atlántico, como cumpliendo con el sino de su título. Los libros son como gatos, aparecen y desaparecen cuando ellos quieren. Eligen el tejado que más les gusta sin que su dueño pueda mandarlos.

Al releerlo comprendo que nunca podría volver a escribir con ese estilo, o con esa falta de estilo. En todo caso me parece que debió haber sido bastante honesto: muchas de sus cosas me parecen verdaderas. Aquel mundo de arte, Cuba, revolución, Europa, descubrimiento de la libertad sexual y de la autonomía femenina (ambas cosas van ligadas), constituyen un universo en movimiento, con violenta voluntad de ser, de vivir, aunque muchos eligieran el camino del asesinato santificador o la autoaniquilación.

Pienso que puede ser útil reeditarlos porque muchos que no conocieron —o que ya olvidan— aquellos tiempos encendidos, podrían tener interés en evocarlos desde el trágico bostezo actual.

Tal vez LOS BOGAVANTES padezcan el entusiasmo y la pasión de un primer libro escrito en tiempos de por sí apasionados. La Revolución de mayo 68 quedó aparentemente atrás, pero puede que muchos de sus valores y propuestas nos estén esperando en un recodo de esta autopista de progreso soso, condenado, amoral, de este fin de siglo dominado por el paroxismo economicista del liberalismo stalinista mundializado por el modelo anglosajón. La del 68 fue una revolución o una explosión eminentemente cultural, como un estertor final ante una sociedad que engendraría subcultura comercializada a escala mundial.

Padecemos hoy una enfermedad de raíz materialista tanto o más grave que la del marxismo soviético hoy vencido.

¿Estamos ante el fin de las artes y de las letras entendidas por el lado de su suprema destinación, como escribiría Hegel?

¿Vivimos el ocaso de la dimensión poético-religiosa y la política, abandonada a la nadería del "pragmatismo", termina en simple gestora de intereses ocultos que hoy mueven el mundo hacia el desastre ecológico y social? ¿El *New Fascism* se cierne sobre todos con abominable sonrisa "liberal y humanista"?

Los ingenuos del 68, incluso mis tres bogavantes, intuían de algún modo la inminencia de esta situación del mundo donde los jóvenes no tienen otra alternativa que la de ingresar en la nada del carrerismo u optar por la destrucción ilusionada de las drogas, o la torpe castración auditiva de los sudorosos conjuntos rockeros. Son víctimas calladas de esta sinvergüenzada humanista llamada Modernidad, que llega a su fin sin haber pagado dividendos. Son víctimas de estas llamadas democracias donde los tiranos militares fueron muchas veces sustituidos por correctos eunucos. Comediantes que por el hecho de ser reemplazados cada cinco o seis años en un desganado domingo electoral, se creen herederos del humanismo de Occidente y con derecho a proponernos una vida sin heroísmo, sin fe, sin grandeza y sin dioses.

Los ingenuos del 68, incluso mis tres bogavantes, tal vez intuían que habían fracasado las dos terribles revoluciones que habían pretendido "la trasmutación de todos los valores".

Había fracasado el nazismo en su demencial racialismo, como una explosión de nietzscheanismo salvaje, con la voluntad genético-biológica de acabar con *este* hombre en cuanto "insolente bacilo planetario" que le quita espacio a los tigres, a los pájaros, a los océanos y a las plantas (incluso al planeta Tierra). Y estaba ya fracasando el comunismo, después de la muerte de Stalin, en su esfuerzo atrozmente santo y totalitario, tendiente a superar el mecanismo de explotación económica capitalista, donde el "contrato liberal" encubre invariablemente la alienación y la esclavitud (lo diga o no Stalin).

Lo cierto es que más allá del nazismo y del comunismo, la enfermedad sigue: el hombre de nuestra época es una mera sombra de su posibilidad, una especie de abuelo de su propia dimensión nonata. La injusticia, el hambre, el dolor y la chatura de vida son hoy la ley. Y al holocausto de los judíos sigue el de

los pueblos de África negra —verdadero genocidio por omisión—; similar al olvidado de las civilizaciones precolombinas y al actual de los aborígenes que sobreviven en esta América hipócrita.

Dos de mis tres bogavantes provienen de la Argentina inmediatamente posterior al peronismo (el verdadero). Una Argentina degradada, entregada alegremente al destino lacayo por una clase política de cuarta en un pueblo de primera. Un país moralmente cartilaginoso que hasta pide permiso para llorar a sus muertos de la guerra de las Malvinas. Esa Argentina transformada en “la hija de la pavota” de los terribles relatos de Castelnuovo o del José María Arguedas de LOS RÍOS PROFUNDOS: la pobre lela “que la barra viola en el potrero”.

A la vuelta de tantos años veo a los bogavantes como a tres seres epigonales, crepusculares, como a la espera de una imprescindible epifanía, de un renacimiento que se demora. Los veo movidos por hambre de dioses, acosados por la necesidad de una dimensión poético-religiosa que seguramente advendrá como una parusía “del tiempo de Acuario”, como creía Francisco Elizábal, mi desdichado pintor de Burgos.

ABEL POSSE